

Desde la calle

JESÚS GARCÍA, PERIODISTA Y AUTOR DE «MEDJUGORJE»

«En Medjugorje viví un nuevo Pentecostés»

Samuel Gutiérrez

Un amplio reportaje sobre el fenómeno de Medjugorje cambió por completo la vida del periodista Jesús García. Lo que empezó siendo un simple encargo profesional acabó convirtiéndose en una profunda experiencia interior. Medjugorje es hoy para Jesús García el epicentro de un fenómeno único en la historia de la Iglesia. Las supuestas apariciones de la Virgen a un grupo de jóvenes videntes —todavía en estudio por parte del Vaticano— han convertido esta pequeña aldea de Bosnia y Herzegovina en un insólito lugar de los Balcanes donde la vida sacramental y de oración se desbordan a raudales. En su afán por contagiar esta experiencia irrepetible, García ha publicado «Medjugorje» (Ed. LibrosLibres), presentado hace unos meses en Barcelona.

—¿Cómo se ha gestado este libro?

—Mi primer contacto con Medjugorje tuvo lugar hace tres años cuando yo trabajaba para el semanario *Alba*. Había cierta inquietud e interés entre los lectores del semanario que llamaban para preguntar sobre unas supuestas apariciones de la Virgen María que tenían lugar en una pequeña aldea de Bosnia y Herzegovina y que en el periódico nadie conocía. Fuimos enviados allí dos periodistas y descubrí lo que todo reportero desea encontrarse alguna vez en la vida: buenas historias. Nos dimos de bruces con un fenómeno que es epicentro de historias increíbles de conversión, de fe, de gente adulta llegada de todos los rincones del mundo que viven una experiencia personal muy intensa que les hace cambiar de vida. Esto es algo muy difícil de encontrar.

—Imagino que en el mundillo periodístico no debe estar muy bien visto escribir sobre supuestas apariciones marianas...



—Entiendo que es una historia muy difícil de creer. De hecho, ni a mi compañero ni a mí nos convenía excesivamente antes de ir. Viajamos hasta Medjugorje bastante escépticos, con una cierta distancia, y, sin embargo, una vez allí, vivimos una experiencia humana y espiritual como nunca antes la habíamos vivido. Y nos preguntamos: «Si en su día Dios quiso encarnarse en un bebé nacido en un pueblucho de la última provincia del Imperio romano, ¿por qué no va a permitir que la Virgen María se aparezca durante 30 años en una aldea de Yugoslavia?» ¡Dios es el Señor de la Historia! En Medjugorje tuve por primera vez conciencia de que Dios existía y actuaba en la vida de las personas y en mi propia vida. Eso me introdujo en un fenómeno que hoy empapa todo mi ser y que ha desembocado en este libro.

—¿Hay, pues, un antes y un después de Medjugorje en su vida?

—Sin ninguna duda. Allí viví un nuevo Pentecostés y no volví siendo el mismo. Antes de estar en Medjugorje, tenía todos los conocimientos necesarios para ser un católico de domingo y escribir artículos en un periódico católico, pero todo eso no era más que una especie de vitrina llena de adornos inanimados. En Medjugorje todos los adornos de esa vitrina cobraron vida. La fe era algo que yo tenía en la cabeza y, tras aquella experiencia, bajó al corazón. Se produjo un encuentro personal entre Jesús García y la Virgen María y eso es lo que ahora trato de transmitir.

—¿Quiere eso decir que usted también vio a la Virgen?

—¡No, no, ni mucho menos! Yo no sé si allí se aparece la Virgen porque yo no la he visto. Si

la hubiera visto la hubiese entrevistado y le hubiese hecho una fotografía. Pero después de haber estado allí tantas veces, haber entrevistado a los supuestos videntes y a los sacerdotes que llevan el santuario, sólo puedo decir que tengo la sensación de que el testimonio de los muchachos que dicen verla es verdadero. Es la explicación más lógica a todo lo que se deriva del fenómeno de Medjugorje, que es increíble. Los frutos son absolutamente asombrosos y contundentes. Lo que más me ha llamado a mí la atención de Medjugorje no son los supuestos fenómenos extraordinarios, sino las cosas que no se ven: las conversiones, las transformaciones en el corazón de la gente que viaja hasta allí desde todos los rincones del planeta, las vocaciones suscitadas, las miles de personas que se confiesan allí cada día... ¡Esto no se ve en ningún lugar de la tierra!



Eduard Brufau

Arrebato

El simbolismo del calendario

Desde los primeros siglos del cristianismo la Iglesia ha tenido un especial cuidado en establecer un calendario de fiestas religiosas que fuera litúrgicamente coherente y que marcara el curso del año. Así, la fecha que ocupan las distintas celebraciones no es aleatoria, sino que está cargada de significado y simbolismo. Fijémonos, si no, en las festividades de los dos santos Juanes; el Bautista, que es quien *prepara y anuncia* la llegada de Cristo, se celebra el 24 de junio, coincidiendo con el solsticio de verano y con la *primera* mitad del año; por otro lado tenemos a san Juan Evangelista, que viene *después* de Jesús y es autor del *último* libro de la

Biblia, el Apocalipsis, que explica el *juicio final*. Su fiesta es el 27 de diciembre, que es muy próxima al solsticio de invierno y prácticamente *cierra* el año. El simbolismo es bien manifiesto. Podríamos encontrar todavía más correspondencias entre otras festividades de santos o entre fechas tan señaladas como Navidad y Pascua. En todo caso, el calendario litúrgico no es gratuito, sino fruto de una voluntad expresa de manifestar incluso en la elección de las fechas el sentido profundo de cada fiesta. Los cristianos estamos invitados, pues, a descubrir la belleza y el equilibrio del calendario litúrgico.

Pensándolo mejor

Francesc
Malgosa Riera
Presbítero, poeta y
escritor



DIÁLOGOS ÍNTIMOS (3)

...con Dios

Para mí, en estos apuntes confidenciales, hablar del diálogo íntimo entre la persona y Dios, más que formular una tesis elaborada sistemáticamente a partir de unos presupuestos intelectuales y científicos, es expresar un real y profundo deseo de toda persona, apoyado, con fundamento, en un inefable hecho «experiencial».

En la realidad global que nos rodea —cósmica, humana, artística, técnica—, nada es Dios; sin embargo de una manera trascendente e inmanente al mismo tiempo, amorosa e inefable, Dios está en todo.

En mi vejez nada me reconforta tanto como creer y esperar que mi yo, mi espíritu y todas mis vivencias y experiencias son, se producen, en el ámbito divino que envuelve mi vivir; y nada me provocaría tanta tristeza como pensar que mi diálogo con Dios son palabras al viento.

Cuando, siguiendo las pistas de los sabios y entendidos en las ciencias filosóficas y teológicas, intentamos pesadamente alcanzar por la vía del conocimiento intelectual y abstracto si Dios existe, quién es Dios para el hombre y quién es el hombre para Dios, hasta donde somos capaces de conceptualizar de alguna manera la idea de la realidad de Dios, llegamos a la conclusión de que ésta ultrapasa inconmensurablemente las capacidades de aprehensión y comprensión. A mí me parece que en la reflexión intelectual sobre la fe es muy conveniente constatar, y esto lo experimentamos en la vida constantemente, que la cabeza no piensa independientemente del corazón; que las ideas conocen una comunión con las emociones, y que la persona sabe, conoce, ama y vive a través de este conocimiento racional y experimental la realidad global en la que está sumergido. Cuando me pregunto sinceramente si a lo largo de mis años mi reflexión interior en la soledad y en el silencio, o en momentos de turbación, de lucha conmigo mismo, de cruce de caminos, ha sido o no un diálogo íntimo con Dios, me saltan las lágrimas, porque no lo sé. Dudo de si he estado y estoy suficientemente atento cuando Dios viene, me llama, me habla, para decirle: «Habla, te escucho, te amo.» Los diálogos íntimos con Dios que recuerdo con más alegría son los de mi primera adolescencia, cuando mi vida era un arroyo de agua clara. Después, sin embargo, cuando la vida estalló como una realidad sometida a las opciones de mi libertad, el camino se hizo rocalloso y surgieron los espejismos aquí y allí como por arte de magia. A pesar de todo, el diálogo con Dios ha sido una constante en mi vida. Quizá alguna vez he querido huir de Él, sin embargo Él siempre me ha atrapado. Dialogar con Dios es como festejar. Es el encuentro en el amor de dos libertades, de dos vidas. Sentarse juntos, sin prisas, y, confidencialmente hacerle conocedor de los secretos más escondidos de nuestro yo. La fuerza del espíritu que los justos de todos los tiempos han encontrado en el diálogo íntimo con Dios es una de las pruebas más fehacientes de su existencia.